



ASIR

REVISTA DE LITERATURA CONCURSO DE CUENTOS

ACTA DEL JURADO

PRIMER PREMIO

EL DAIMON DE LA CASA LOPEZ — SELVA MARQUEZ

SEGUNDO PREMIO

BICHERO — JULIO C. DA ROSA

TERCER PREMIO

EL PADRE — JULIO ROSIELLO

COMENTARIOS SOBRE LOS CUENTOS PREMIADOS

MENCIONES PREMIADAS

EL IDIOTA — MARIA INES SILVA VILA DE MAGGI

CUENTO DE NEGROS — JULIO C. DA ROSA

LA FAMILIA — ALFREDO DANTE GRAVINA

CHASQUE — RUBEN IBARRA VAZQUEZ

LOS PAYRO — ANDERSEN BANCHERO

COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PREMIADAS

MENCIONES CON PUBLICACION

LA TORMENTA — ANA HOCHMAN

EL SUPERIOR — JORGE ARIAS

LOS ESPEJOS — ANTONIO VEGA

CHONGUITO — ALFREDO DE LA PEÑA

HE DE MORIR, ARMONIA — ANDRES M. DE ARMAS

VALERIO VA A UNA CITA — SAUL PEREZ

LA FIESTA — OTTO G. BENITEZ

COMENTARIOS SOBRE LAS MENCIONES PUBLICADAS

COMENTARIOS SOBRE CUENTOS MENCIONADOS SIN

PUBLICACION

COMENTARIOS SOBRE EL RESTO DE LOS CUENTOS

CONSIDERACIONES SOBRE EL CONCURSO

25-26

DICIEMBRE - ENERO 1952

MERCEDES - URUGUAY

e 5862

SEGUNDO PREMIO

BICHERO

por
Julio C. da Rosa

Apenas empezaban a blanquear las primeras heladas, ya andaba Antonino preparándose para las salidas. El oficio no era de los más livianos. Andar solo, noche adentro y campo afuera, chapaleando escarcha, no es para el primero que se ponga. Pero él lo hallaba lindo; lindo como todo lo que se hace con gusto y gana. Y eso, siempre le había sobrado. Junto con una pasta especial.

—Qué te pangarió! A vos primero t'hicieron el molde; dispué te metieron adentro.

Para aquella ocupación, tenía que ser así. Si no, quien sabe si habría aguantado tanta cosa.

—Ahí vien'el bichero jediendo a cuero...

Serafín tenía un pedo azulejo. Pero se había dado siempre por amigo. Además, todo fué entre machos. Si hay mujeres, es posible que salga velorio; porque el chuzazo lo había tocado hasta la médula. Se lomeó y se refregó la mano por el pelo; como para sosegar el hervor de la sangre. Después se le fué acercando al "mamau". Le hizo palanca en el hombro y se le pegó al oído. De allí le largó un grito que le hizo chicotear la cabeza contra la pared.

—Tas que ni te lambés, hermano!

Aquello no pareció grito de hombre. La rabia le había picado hasta la voz; el "hermano" apenas le había salido. Pero él quería que oyeran todos los presentes.

—No es custión que vayan a confundir...

Que recordara, era la primera vez que un asunto así lo sacaba de casillas. Calenturas de gurí grande de las que hacía mucho que venía de vuelta.

—Bichero?... Sí; no hay caso. Soy eso no má. Cazo bichos... Y jeder, jiedo sin güelta. ¿Que se le v'hacer, pué?!

Se quedaba contento de poder razonar así.

—De no haber tráido este modo e' ser, me lo había comprau. Me lo había comprau!...

Bichero en general. Especialización en zorrillo. Alguna que otra comadreja, de cuando en cuando un zorro y gracias. En campos medio trabajados, el bichero se escurraza. No se halla una nutria ni para

remedio y el lobo de agua dulce es un lujo. Capinchos y gatos monteses, casi se van convirtiendo en entretenimiento de gente de pueblo. El turismo va arrasando con todo eso. A donde entra el hombre, se hacen humo hasta las lombrices.

Para vivir del cuero silvestre, sólo se puede contar con el zorrillo. Como matarlo por deporte no divierte a nadie, abunda. Es animal de sueño cambiado; hace vida nocturna. Muy andador; un zorrillo es capaz de galopar un buen rato dejándose arrear. Eso sí, en campo limpio y sin apurarlo mucho; porque cuanto se cansa, se empaca. Fácilmente se le van aprendiendo las mañas; después se hace muy lidiabile. Con cualquier cuzco medio rastreador, el más chambón se hace una noche.

—Yo, qué quiere que le diga? M'entiendo más con un zorriyo que con un cristiano. Es como todo, ¿no?

Cuando se ponía a pensar un poco, llegaba a la conclusión de que no había vuelta que darle: él había nacido para aquello. Y se le ocurría que tal vez algo de eso había presentido cuando llegó a aquel lugar. Era la única explicación que encontraba, para que un guacho como apenas era, le pudiese haber salido nada menos que al padre, con aquella semejante “pata e’ gayo”. Que pegaba la disparada de la chacra, le había dicho. Por más traídas y llevadas que le daba a aquello “desde que había empezau a darse cuenta de las cosas”, no hallaba con qué empardarlo.

Don Arturo, el padre, era canario. De los nacidos sobre tierra arada. Y envejecidos. Estaba dispuesto a firmar aquel papel. Un papel lleno de los dos lados con letra menudita. No entendía nada pero era lo mismo. Medianero toda la vida, no era la primera vez que firmaba sin entender. Pero no acababa de decidirse. Remolineó, conversó de bueyes perdidos. Allá a las cansadas, desembuchó:

—Estéee... problema v'a ser con el gurí.

—¿Quiay con el gurí?

—¿Quiay? Que no quiere saber de la güerta! Casi nada lo quiay!

—Metalé leña!

—E. Pero yo digo, ¿no? Si lo conchavásemo en que sea pa lavar plato? De graserito no má?

Fué así como nació la última cláusula del contrato. Una cláusula especial para el gurí; el gurí era Antonino. Cortita; la hicieron caber en el último “claro” que iba quedando. Peoncito para adentro, por la comida y lo que sacara de los cueros. Los bichos tenían el gallinero a mal traer.

Así empezó. Pidió perro y se lo negaron. No era ocupación para perro de estancia; demasiado puerca. El orín de zorrillo acobarda al perro y el tufo lo rebaja. Tuvo que criárselo especialmente. Enseñarlo y aprender con él; hacer al perro más hombre y volverse el hombre más perro. En estas cosas de bichos suele ser así. Decía que era tan fácil lo uno como lo otro. Al último se entendían como dos personas. O como dos perros. Porque él, hasta olfato de perro había ido agarrando.

Cuando murió el padre, Antonino era tamaño hombre. Y no había

aprendido otra cosa. Nunca supo lo que le pudo haber tocado de aquel montón de cacharpas del finado, que había visto encerrar bajo llave después del entierro. Ni quiso averiguarlo. Sabía que detrás de todo eso, siempre hay autoridades, papeles y "otras yerbas". A cambio de su renuncia, se le dió vía libre en los campos de la estancia, respetando las invernadas. Tiró cálculos; dividió aquello como cosa propia: un invierno en tal potrero, el siguiente en tal otro. Tenía para años. No precisó pensar mucho para resolverse. Resolverse a seguir con lo mismo. Bien o mal, había ido tirando en aquel oficio. Además, se acordó del perro y se le hizo cosa para toda la vida.

Llegó a conocer la "especialidá" como a sus propias manos. Aquellos campos se le volvieron un patio grande. No existía rincón donde no hubiera andado con un bicho a las vueltas. Y eso que hacía caza rotativa; invierno con invierno cambiando de potrero, ocasiones pasabá años sin volver al mismo lugar.

—Cuand'usté dentra de nuevo, l'ostá esperando l'hervidero e' zorríoe.

La zafra terminaba con las últimas heladas de agosto. Antonino acomodaba la corambre en un carrito toldado; le metía llave al rancho, alzaba el perro y enderezaba para la Isla Patrulla. Tironeaba con los gallegos un rato; o un par de días si se cuadraba. Cuando le llegaban a precio al barrer, liquidaba. Siempre hacía negocio, porque allí mismo se surtía. Llenaba aquel carro como para viaje de meses. Y meses le llevaba la recorrida que empezaba allí. Una recorrida entre la parentela; tíos, primos y sobrinos desparramados por todo el departamento de Treinta y Tres.

—Y una porretada de ahijaus que aumenta cada nueve meses.

El carro se empezaba a vaciar por allá por "Los Avestruces" y terminaba en el Rincón de Ramírez. Remataba con las caídas del otoño, que era la señal del regreso. Antonino volvía solo; pero contento de aquella repartija.

—Este'sun gusto que me lo puedo dar sólo yo.

Muchas veces hizo yunta. Algún acosado de por ahí, siempre le caía; y ain mucho esfuerzo se le pegaba. Pero por poco. Un invierno o dos, cuando más. La mayoría abandonaba, mal pisaba julio. Algunos, hasta las arroceras preferían.

—Al que lo aguante a usté tengo que verlo!

—Custión de andar medio seguido, mire.

—¿Seguido? Déjese'é joder, hombre!

—Seguido, esué. Y no pensar más qu'en esto. Nada más. Ah! No hay buelta.

—Dios lo conserve! Pero lo qu'es yo, me mando mudar a la gran perra!

Muchos desfilaron. Desfilaron como sombras; sin hacer bulto ni marcar huella. A él lo dejaban tan tranquilo al llegar como al irse. Se daba cuenta que no era gente para mucho rato. Le ocupaban un lugar en el rancho, pero ni le tocaban el alma. Cuando llegaban, los ponía al

tanto de las costumbres, les abría la despensa y les enseñaba el oficio. Cuando se "alzaban", les compraba los cueros y les deseaba buena suerte. Muchos desfilaron.

Con Santana fué distinto. De entrada no más, se había dado cuenta que se trataba de otra clase de hombre. Hasta en el modo de agradecer, aquel rubio lampiño tenía algo que a los otros les faltaba. Macanudo por donde lo mirasen. Y con cada agachada de sacarle el sombrero.

—Un individuo que hablaba mal hasta del presidente de la república. Sí, señor!

Pero entonces, un compañerazo. Guapo como un enano; de esos hombres que no le tienen asco a nada que se llame trabajo. Eso sí, siempre protestando.

—Usted l'óia y él siempre tenía qu'estar peliando con alguno. Pero de boca; si era más bueno que la marcela.

A cualquier tema le sacaba punta. Pero siempre llegaba a un mismo lugar donde se explayaba. Parecía un loco hablando. Ocasiones era plena madrugada y aquel sujeto sin cerrar el pico.

—L'importaba un ajo pisar campo ajeno.

De un sin fin de cosas, le hablaba. De un mundo distinto; con hombres también distintos. Todo distinto. Antonino no entendía la mitad de todo aquello. Y de la otra mitad se daba cuenta que no tenía "goyete". Todo al revés, con la cabeza para abajo.

—Pero yo qué sé... Cosas lindas, le garanto.

A veces los encontraba el amanecer con uno o dos zorrillos en bolsa. Entonces se miraban sorprendidos, largaban un par de carcajadas y rumbaban para el rancho. Satisfechos de aquella "panzada e' prosa".

—Te garanto qu'en este tren no sacamo ni pa calzongiyo est' invierno — comentaba alguna vez Antonino.

—Los hacemos e' cuero e' zorriyo, con tal que saquemo pa conversar.

Un tipo superior, aquel Santana. Cuando se fué, casi le arranca el alma. Nunca se perdonó haberlo dejado irse solo. Una mañana temprano al terminar la zafra. Una mañana perdida tiempo afuera, pero que siempre lo pinchó en el recuerdo. Cuando se lo anunció, ya fué sobre la partida; sabía que la noticia lo iba a dejar de cama. Mas, también sabía que era imposible moverlo. Muchas veces lo había tanteado, pero lo encontró lleno de raíces. Antes de marcharse le regaló los cueros; decía que entre hermanos no puede correr plata. A Antonino, esto se le había enredado en la garganta. Apenas pudo verlo irse; irse solo, perderse horizonte adentro. Pensó que hasta la inmensidad del campo le quedaba ohica.

—Era tan loco... y tan güeno aquel viviente...

El invierno traía los colmillos afilados. Y los hincó sin lástima sobre el rancherío. Las primeras en sentirlo, fueron las ovejas. Los segundos, los dueños de las majadas. Los terceros, los milicos. No hay nada que acobarde más al milico, que las rondas. Les dispara como a vivora de la cruz. No tanto a la ronda misma, como a la noche. Una noche grande como un animal parado entre cielo y tierra. Hay que tener aguante para

soportarla arriba, sobre piso de escarcha, una quincena o dos. El milico se empieza a relajar de a poco y al último duerme en ronda como en "tarimba". Y entonces, hay que hacerle sonar algo para que se entusiasme. Sobre todo, cuando es milicada vieja y fogueada de años.

La tarde tenía cara de agua. Tempranito, Antonino estaba cuereando a la orilla de la zanja. Allí dejaba el bichero en remojo "pa descatingar" mientras dormía. La noche llegó sin novedad. La tormenta amenazaba, pero prometía. Al fin se decidió a dar una vueltita.

—Con qu'el agua me haga un aflojecito e'dos horas, tú.

Noche toldada y húmeda. Terreno blando e insecterio a flor de tierra. La zorrillada se ha volcado cuevas afuera. En tropillas. Por todas partes menudean los embuditos cónicos de los hocicos puntiagudos. Y el teruterero se deshace en escándalo. Noche de bolsa llena.

Antonino levanta perro y herramientas de cueva, "por un siacaso". El perro es un estorbo una noche así. Y los hártulos se vuelven inútiles. Se puede decir que los zorrillos se brindan solos. Como es bicho que mea para atrás y los costados, hay que allegársele por adelante. Un golpe bien dado en el hocico, no le da tiempo a largar el primer chijete.

A la media noche no más, ya se da por satisfecho. La bolsa hasta la boca, es una masa tibia; casi un cuerpo viviente.

Aquél sería el último. Ya bajaba el garrote, cuando se le atravesó el perro. Por salvarlo, pegó mal. Herido, el zorrillo se desploma por el barrancón rumbo a la guarida. Entonces, lucha de cueva. Dos o tres baldes de agua, obligan al bicho a retroceder. Es cuando entra a tallar el enredador, pedazo de alambre negro desfibrado en un extremo. Unas cuantas vueltas sobre el pelo para que sujete bien. Cuando no da más, un tirón seco y se "pela" como con tirabuzón.

Desde lo más oscuro de la barranca, la yunta de milicos "se da una vueltita po'el mundo", después del primer sueño. Los ha despertado el bochinche. Al principio no quieren convencerse; de a poco llegan a ponerse de acuerdo en que tienen enfrente a un hombre carneando.

—¿Tamo o nostamo?

—Seguro que tamo. Capón gordazo, po'el bulto.

Casi sin darse cuenta, van resbalando las manos hacia las carabinas. Casi sin darse cuenta, se empiezan a recelar. Casi sin darse cuenta se están odiando. No pestañean por no hacer ruido; pero se despedazan a miradas. Sospechándose, apuntan temblando. Piensan menos en la presa de enfrente, que en el enemigo de al lado. Y es contra éste, que aprietan con rabia los disparadores. El odio juntado en pocos minutos, ruge feroz en el estampido unísono de las dos armas.

Como leones hambrientos, caen los milicos sobre los despojos. Como a perros heridos los deja el desengaño. Les da asco aquel capón gordo, transformado en una bolsa de zorrillos moribundos. Y los pasa aquella mirada cargada de inocencia y asombro, del bichero agonizante.

Este cuento, es de todos, el que mejor revela una experiencia y dominio del asunto. Se siente el placer con que el autor rebusca los más pintorescos detalles y expresiones.

Al mismo tiempo se advierte la seguridad, la fuerza, la eficacia de estas frases; la intencionada violencia que las recorta a golpes. Una sola de ellas basta, a veces, para que un personaje surja de pie, instantáneo, viviente y acabado. Pero todo estilo, como todo, tiene en la misma razón de sus virtudes, la de sus limitaciones. Estas frases devoran al tiempo y al espacio. Son, muchas veces, desmesuradas síntesis. Entre una y otra, suelen pasar días, semanas o meses, y leguas y leguas. Agréguese a esto la viril contención que hace la musculatura de este estilo.

Cierto tipo de lector, sobre todo el de la más moderna literatura, puede ver aquí, tal vez, una excesiva sobriedad, un seco esquematismo o una simple tipificación. Sin embargo, antes que la minucia delicatista, o el psicologismo pesado y estéril que revela este tipo nuestro de lector, —cuando escribe— preferimos nosotros, esta personalidad enteriza, esta fuerza, esta salud de viento campero que nos ofrece en sus páginas el autor de este cuento.

D. L. B.

*
* * *

Resulta imposible engañarse respecto a Julio da Rosa, el fecundo y diestro colaborador de ASIR a quien, en plena juventud, descubriera y recomendará nuestro amigo Morosoli. Su estilo inconfundible hizo inútil que encubriera bajo seudónimos los dos trabajos que presentó a este concurso: "Bichero" y "Cuento de Negros". Por esta razón extra literaria y porque anhelaba encontrar el escritor de sus condiciones pero aplicado a otra temática, escenarios y preocupaciones, más afines con mi modalidad y gustos personales, aplacé la lectura de estos cuentos hasta que hubiera examinado en su totalidad el resto de los trabajos. En este momento, y luego de cotejar los dos cuentos de da Rosa con EL "Daimón de la casa López", tuve para mí que sólo "Bichero" merecía los honores de un segundo premio. No obstante, considero que "Cuento de Negros" no le va mucho a la zaga.

En la línea de la literatura que abreva su inspiración en los motivos del campo —lo cual informa al parecer inagotablemente lo más representativo de nuestras letras nacionales— es posible comprobar la existencia de dos grandes tipos de autores: los que escriben objetivamente sobre los temas que proporciona la campaña y los que reflejan al hacerlo su especial vivencia del campo. Y bien, da Rosa, que aparece haciendo sus primeras armas en la literatura campera como autor objetivo, pasa de inmediato a la otra corriente, y de tal modo se perfila en ella que es él mismo un personaje de esta literatura: el narrador de cuentos. No se le ve todavía ese imponderable que distingue al artista—como a su hermano mayor, Espínola— pero une al don de observador sagaz de tipos comunes y de hechos intrascendentes, el de tener la pluma pronta

—como lengua sobada— la facilidad, la soltura, el gracejo amargo y chispeante y, sobre todo, la fecundidad y hasta la necesidad histriónica de contar, que caracteriza al tipo de nuestra campaña que el propio da Rosa protagoniza.

D. T. P.

*
* * *

De todos los cuentos presentados al concurso es éste el que me ha dejado más profundamente la sensación de que fué escrito como consecuencia de una verdadera necesidad de expresarse. Es evidente que el escritor conoce bien los hombres y ambientes que describe; es evidente, vivencia con ellos, sino porque los ama profundamente. Estas dos cualidades —dominio de sus temas, necesidad de expresarlos— están acompañadas también, que los conoce no simplemente a través de una ocasional contada por una real capacidad expresiva: el autor domina el lenguaje que debe expresar el alma de sus personajes y describir sus ambientes, logrando una adecuada correspondencia de fondo y forma. Los personajes no son enriquecidos por el autor por medio de artificios literarios; se ofrecen desnudos en la simplicidad de su condición humana y de ahí su riqueza. Antonino tiene esa autenticidad literaria que nace de la veracidad de visión. Con un breve trazo, perdido casi en la narración, el autor nos hace tocar el fondo del alma de su personaje (cuando dice, por ejemplo, que recordó al perro y se decidió para siempre).

La única objeción que encuentro a este cuento es que el autor, preocupado casi exclusivamente en ofrecer un personaje, no ha tomado en cuenta más que los elementos de composición que sirven a este fin. Como consecuencia el aspecto anecdótico con que se cierra el cuento (la muerte de Antonino) no ha sido preparado y aparece un poco artificial. Aunque el lector comprende que esa muerte, refluendo sobre la vida del personaje, termina de crearlo en su irredimible soledad, no puede sustraerse a la impresión de que el cuento se cierra así no necesariamente, sino para terminarlo de algún modo.

A. S. V.

*
* * *

Puestos a pensar sobre el procedimiento con que está hecho este cuento, encontramos que cabe aquí hablar, más que de otras cosas, de la actitud del escritor. Esa actitud es de simpatía con los personajes, de coparticipación casi, y fincaría —nos parece— en un espíritu puesto a disponibilidad de esos personajes; en un estado pasivo, digamos, en el que el escritor aparece más ocupado por sus criaturas, que preocupado por ellas. La propia manera de acotar que aquí se usa, lleva al máximo ese estado de dependencia, al establecerse en el cuento una especie de mimetismo, en el que el autor desaparece, usando en sus anotaciones el lenguaje con que hablan sus personajes. Todo ello por su soltura, por un ensamble natural y espontáneo de todos los elementos que componen el cuento, se siente aquí como algo legítimo, verdadero.

Sin embargo, de cierta manera, también sentimos que esa actitud

de que hablamos más arriba, incluye algunas limitaciones, limitaciones que muy probablemente el autor no ha intentado sobrepasar, evitando así un riesgo que no entra en sus proposiciones. Por eso mismo acaso, "Bichero" es un cuento que, sin ambicionar lo máximo, alcanza su propia órbita, mostrándonos a un escritor, a alguien, en fin, que conoce y sufre los secretos de una profunda vocación.

L. F.

*
* * *

Todo el amoroso cuidado del narrador está dirigido hacia la creación de un personaje: el "bichero". Hasta los elementos narrativos se aquietan y se resuelven descriptivamente, y el cuento todo adquiere una estática apariencia de estampa. Aquí nada acontece, y todo se va dando como si no transcurriera, como si fueran los rasgos de un rostro que se descubre lentamente. Es una delgada superficie que no guarda secretos, pero que se muestra entera con una tranquila verdad y una melancólica gracia. El autor maneja el lenguaje campesino con desenvoltura y deleite, sabiendo descubrir su áspera poesía. Sólo el final, es a mi entender, innecesario y efectista.

G. C.

EL PADRE

El autor ha visto sagazmente una psicología infantil; ha dibujado nítidamente a los otros personajes y ha escrito el cuento con estilo limpio y objetivo. El esfuerzo de creación está centrado en la figura del Rusito y en su conflicto interior, determinado por el temor a su padre. Para objetivar esa situación el autor ha utilizado dos elementos: ciertas escenas iniciales preparatorias y la línea anectótica que arranca de la escena en que el padre ordena al Rusito que se corte el pelo. El autor ha conseguido adecuar la situación interior del Rusito con los elementos que la objetivan, obteniendo un cuento equilibrado y evitando las digresiones psicológicas. En muy pocos momentos el autor cuenta directamente lo que pasa en el alma de sus personajes, haciéndonoslo conocer a través de su presencia física, de su actuación viva y directa. Se obtiene así una forma de composición narrativa en que predomina el elemento plástico, que visualiza a los personajes y a las situaciones. En resumen: personajes auténticos, bien vistos y bien comunicados, elogiabile economía de elementos y objetividad de composición, constituyen las virtudes narrativas esenciales de este cuento.

A. S. V.

*
* * *

Un aire de friolenta ternura, de soledad temblorosa, flota sobre los seres y objetos de esta narración. A ello contribuye no sólo el estilo sino también la técnica empleada por el autor. El estilo carece de firmeza,

de precisión. Le tiembla el pulso. Nos damos cuenta que el escritor tiene una vaga visión de los decorados, y por eso mismo omite los "detalles sensibles" o sea esos detalles cuya sola presencia prueban el conocimiento profundo y la observación aguda producto de una lenta y larga vinculación con los ambientes. También la técnica empleada gusta de lo tortuoso. Los diversos pasajes orientan imprecisamente hacia la escena principal. Al comienzo y al término del cuento, el tema presentado parece ser, a mi juicio, el de la amistad, y solamente como un producto hállese relacionado con el tema principal, el que da título a la narración.

Sin embargo, estas características no obran aquí como defectos sino como virtudes. Esta imprecisión en el estilo y en el plan son los determinantes de ese clima aterido, de ese sentimiento de soledad infantil, difundida en el ámbito amplio y abierto que nace de los sucesivos escenarios. Pese a la precisión del título, yo siento este cuento como un cuento de atmósfera. Exigir al autor mayor penetración y fuerza, sería exigirle otro cuento. El ha logrado su propósito.

D. L. B.

*
* *

Este cuento abarca y resume bien, la experiencia de un niño que sufre en soledad su desencuentro con el mundo que lo rodea.

Quizá el autor se haya apresurado al decretar desde el principio el drama que vive Marcos, y quizá también el personaje sufra en demasía, —sin alternativa alguna— ese drama. Sin embargo, esto que anotamos, refiere únicamente una preferencia nuestra, puesto que Marcos es un personaje totalmente logrado.

Encontramos que el autor describe bien los personajes, así como el paisaje que les circunda. Además, con qué sabia distribución de los elementos que lo componen está hecho este cuento! En verdad el asunto no es de los que por sí mismos promueven un interés inmediato, mas aquí logra salvarse, en instantes de verdadera creación.

Me agrada además el ambiente y los tipos que trata este autor, tipos y ambiente que, en general, nuestros escritores no han abordado.

L. F.

*
* *

EL PADRE

Es un cuento bien hecho. El autor ha comunicado fuerza e intimidad a sus personajes, y ha sabido aprovechar las situaciones. Pero, no se ha superado el tema, atravesándolo en profundidad para encontrar el otro lado artístico de la verdad, la antípoda poética que toda emoción debe alcanzar en literatura. Todo esto es, posiblemente, el resultado de un sometimiento a ese realismo estéril, hoy tan común, que ha sustituido la poesía y el pensamiento y la realidad, por la psicología, el sentimentalismo y la fotografía retocada. Creo, en fin, que en Rosiello hay un verdadero escritor que padece de una circunstancial equivocación. La escena en que los niños fuman no está bien hecha ni tiene razón de ser en el cuento.

G. C.